



**ALBERTO
VÁZQUEZ-
FIGUEROA**

•
**Morir en
Sudáfrica**

¿Hasta dónde puede llegar la codicia de los poderosos? La verdad es que da miedo sólo de pensarlo. En esta novela, por ejemplo, un magnate naviero sudafricano se las ingenia para hundir sus propios barcos, sin importarle la pérdida de vidas humanas, para cobrar los seguros.

Hay que verlo para creerlo, mejor dicho leerlo en esta historia apasionante. Por lo demás, Elliot Dunn, encargado de la investigación, no sólo se las verá con el malvado magnate sino también con la infame política del *apartheid*.

DURBAN, SUDÁFRICA, julio, veintitrés.
Associated Press.

El *Mauricius*, un superpetrolero de matrícula liberiana, descargó ayer en el terminal *off-shore* del puerto de Durban, ciento cincuenta mil toneladas de petróleo ligero. Las autoridades impidieron a periodistas y curiosos aproximarse al buque, que se hizo a la mar, rumbo al Atlántico, esta misma mañana.

El *Mauricius* no aparece en las listas del Lloyd's de Londres, ni en los registros liberianos.

Elliot Dunn se entretenía relejendo por enésima vez el télex, como si tratara de encontrarle un nuevo sentido oculto que no acababa de desentrañar, cuando la gorda Kety penetró en su despacho tan frescachona y pizpireta como siempre.

—Aquí está lo que has pedido... —dijo—. La lista de todos los VLCC siniestrados durante los últimos ocho años, y la de los matriculados en Monrovia, Liberia.

—¿Qué es eso de VLCC?

—«Very Large Crude Carriers...». Grandes Transportes de Crudos. Acabo de enterarme de que ésa es la denominación oficial con que se conoce a los superpetroleros de más de doscientas mil toneladas y, lógicamente, no he podido resistir la tentación de demostrar mis profundos conocimientos en la materia. ¿A qué te ha impresionado?

Elliot echó una ojeada a las listas y asintió convencido. Luego la miró de frente.

—Terriblemente. Y ahora déjame trabajar. Tengo mucho que hacer.

Kety negó con un gesto de niña mimada, mientras tomaba asiento, según su inveterada costumbre, en el borde de la mesa, que crujió y se lamentó bajo su peso.

—No me iré mientras no me digas qué estás maquinando. Me he pasado la mañana en el archivo y quiero... ¡Necesito! Saber de qué se trata.

Él dudó un instante, por último le alargó el télex y señaló la puerta con ademán autoritario:

—¡Llévatelo y saca tus propias conclusiones! Se supone que eres periodista y te pagan por pensar.

—Sí, maestro.

Le dejó solo, enfrascado en el estudio de los documentos que le había traído; el primero de los cuales era una larga lista de doce nombres: *Golar Patricia, Berge Istra, Olympic Bravery, Amoco Cádiz, Andors Patria, Atlas Titam, Aeregeans Captain, Atlantic Express, Berge Vanga, Energy Determination, Salem y María Alejandra*, siniestrados en este orden y a partir de 1973, ocho por explosión, dos por colisiones, uno por fuego y otro encallado. Tan sólo en cuatro de los casos las causas del accidente aparecían perfectamente claras. Los restantes se encontraban, de un modo u otro, bajo sospechas o investigación por las compañías de Seguros.

Se disponía a analizar la segunda lista, mucho más extensa, cuando sonó el teléfono y reconoció, de inmediato, la voz de su ex-esposa.

—¿Elliot? —inquirió Ángela con aquel marcado acento hispano que jamás perdería por más que se lo propusiera.

—Sí. Soy yo, cariño... Dime.

—Necesito verte urgentemente.

—Pasaré por casa esta tarde.

—No. —La voz de Ángela sonaba extrañamente firme y decidida—. En casa no. Estarán las niñas y se trata de ellas.

—¿Qué han hecho ahora?

—Me he enterado de que María del Sol está saliendo con Don Ziadie.

—¿El *jockey*?

—El mismo.

—Demasiado pequeño para ella. ¿No te parece...?

—¡No seas estúpido...! —Fue la furiosa respuesta—. No me preocupa su altura. Me preocupa que ese maldito enano tiene fama de haber cabalgado más mujeres que caballos. ¡Voy para allá!

—¡Pero Ángela!

Fue inútil. Había cortado y Elliot Dunn sabía por experiencia que cuando su ex-esposa se proponía hacer algo, lo

hacia de inmediato.

Se encogió de hombros y se centró de nuevo en la larga lista de los VLCC matriculados en Monrovia, ya que Liberia, pese a su minúscula extensión territorial y su casi nula importancia política y económica, figuraba a la cabeza de las flotas mercantes del mundo gracias a un especialísimo régimen fiscal cuajado de trampas y triquiñuelas.

Tuvo que repasar, por tanto, una larga relación que incluía a más de la tercera parte de los grandes tanqueros que navegaban por los siete mares, y se emborrachó de nombres, cifras y direcciones hasta que, al tercer repaso uno de aquellos nombres reclamó su atención.

Se trataba del *Amauri*, un petrolero de doscientas veinte mil toneladas, construido en Japón en 1974, y vendido, ocho años más tarde, a la Naviera Kadar de Liberia. Por más que buscó, no logró descubrir que la Naviera Kadar fuera propietaria de ningún otro barco en toda la lista que tenía ante él.

Descolgó el teléfono y marcó el número de Kety en el departamento de información.

—Averíguame lo que puedas sobre la Naviera Kadar, propietaria del *Amauri* —pidió—. Y entérate también de dónde se encuentra ese barco. Es urgente.

Tres pisos más abajo, la computadora del *Saturday News* se puso en marcha, conectó con otra, gigantesca, situada a cinco manzanas de distancia, en la confluencia de la calle 37, y a los pocos instantes, empezó a recibir datos que la gorda Kety y otras dos muchachas ordenaron con ayuda de un gigantesco archivo manual.

Media hora más tarde, la propia Kety penetraba, satisfecha y sonriente, en el despacho de Elliot y colocaba de nuevo ante él una hoja de papel pulcramente mecanografiada.

El periodista se caló las gafas para no verse obligado a extender el brazo todo lo que daba de sí y leyó con atención.

«Naviera Kadar: Villa Flora, Avenida Lincoln, Monrovia, Liberia. Fundada en 1982. Barcos: *Amauri*. Director-gerente y único accionista: Alexander Kadar.

»Alexander Kadar: Villa Flora. Avenida Lincoln, Monrovia, Liberia. Chipriota nacionalizado norteamericano. 37 años. Experto en Banca, Bolsa y empresas navieras. Soltero. En 1982 recibe una herencia con la que funda la Naviera Kadar. A los seis meses compra el *Amauri* por trece millones de dólares.

»*Amauri*: VLCC 220 000 toneladas. El tres de julio cargó ochenta mil toneladas de crudo en Qatar. Actualmente navega por el Índico con destino a Lisboa».

Se quitó las gafas y la miró:

—¿Eso es todo?

—De momento. Aunque extraoficialmente, *Information* señala que Kadar es, a todas luces, un hombre de paja. El monto de la herencia no está muy claro, y tampoco se sabe quién puede haberle proporcionado tanto dinero.

—Tendría unos ahorrillos. —Dejó el papel junto a los otros—. ¡Bien! —exclamó—. Mi trabajo estriba ahora en averiguar de dónde sacó esos ahorrillos. Lo que está claro es que aquí hay una historia. —Buscó un cigarrillo y ofreció otro a Kety que había tomado asiento, una vez más, en el borde de la mesa—. Te apuesto una cena a que, antes de lo que nos imaginamos, el *Amauri* va a parar al fondo del mar. Es más... —añadió—, según mis cálculos ese hundimiento debe producirse frente a Senegal.

—¿Por qué Senegal?

—Porque es el punto de aguas más profundas, cerca de la costa, en toda su ruta. Ahí se hundió el *Salem* veintitantos días después que un «buque-fantasma» de nombre *Lema*, descargara en el puerto de Durban. La historia se repite. Incluso en el detalle de la herencia. También el propietario del *Salem* había heredado.

—¿Y crees que las compañías de Seguro lo aceptarán?

—¿Qué remedio les queda en el caso de que no aparezcan supervivientes...? Han asegurado un barco y ese barco desaparece en el mar. Sin testigos. Probablemente tan sólo una solitaria llamada de auxilio en la noche. Cuando ese auxilio llega no hay nada, únicamente quizá, una gran mancha de petróleo y unos cuantos salvavidas con el nombre del barco que estará a miles de metros bajo ellos. —Agitó la cabeza negativamente—. O lo sacan, y demuestran que no llevaba petróleo en los tanques sino agua salada, o pagan... Les sale más barato pagar.

—¿Y los tripulantes?

—Unos mueren... Otros, los que están en el ajo, se salvan y desaparecen para siempre. Cambian de nombre y buscan otro barco.

—¡Diantre! —Exclamó la gorda—. Si logras demostrarlo será un reportaje cojonudo. ¡Un reportaje cojonudo!

—Pequeña... —Fue la respuesta de Elliot—. Todos mis reportajes son cojonudos...

—... Y si no le han dado todavía el Pulitzer es porque el mundo del periodismo es injusto y está lleno de envidiosos. ¡La historia es vieja!

Ángela había hecho su aparición en la puerta completando la frase, los besó uno tras otro en la mejilla y tomó asiento encendiendo un cigarrillo.

—¿Te importaría dejarnos solos, querida? —Inquirió sonriendo amablemente a Kety—. Tenemos que discutir asuntos familiares.

La muchacha cruzó con Elliot una significativa mirada con la que parecía querer anunciarle que el mundo se les venía encima, y salió sin una palabra, cerrando la puerta a sus espaldas.

Ex-marido y ex-mujer se miraron unos instantes; ella con gesto de irritación y él de fastidio.

—Explícame —pidió al fin Elliot—. ¿Qué diablos pretendes que haga porque a una de nuestras hijas le gustan los caballos y a la otra los jinetes? Por lo menos no se pelean.

—¡Muy gracioso! —Rió Ángela sin ganas—. Muy gracioso. ¿Tienes idea de qué clase de tipo es Don Ziadie?

—El que más dinero ha ganado en este país subiéndose a un caballo después de John Wayne... Es rico, simpático, famoso, y con una facha increíble pese a ser tan bajito. Treinta centímetros más y desbanca a Robert Redford.

—¡Pero es casado!

—¡Vamos, Ángela! —protestó él molesto—. Desde que nos divorciamos te has acostado por lo menos con cuatro tipos casados, que yo sepa. ¿A qué vienen esos remilgos?

—A que Don Ziadie tiene seis hijos con su segunda esposa. Y cinco con la primera.

—Eso de montar garañones debe ser contagioso.

—Una de sus hijas estudia con María del Sol. ¿Es que no te das cuenta? Él ya es cincuentón y les separan más de treinta años.

—Nunca lo hubiera imaginado —señaló—. Pero ahora que lo dices, tienes razón. Por lo que recuerdo, debe ser mayor que yo.

—Lo es —remachó Ángela—. Nuestra niña anda con un viejo zorro que cualquier día la deja embarazada.

Elliot meditó un instante, encendió una curvada cachimba que únicamente utilizaba en su despacho y soltó un resoplido de consternación.

—¡Bien! —Admitió al fin—. De momento te aconsejo que empieces a disolverle píldoras contra el embarazo en el cacao del desayuno. Luego pensaré a ver qué se me ocurre.

—¡Sigues siendo un hijo de puta! —sentenció Ángela segura de sí misma y convencida—. «Pensarás en lo que se te ocurre». ¡Lo que tienes que hacer es ir a partirle la cara a ese enano de mierda!

—Eso no solucionaría nada. —Elliot parecía ir adueñándose poco a poco de la situación—. El año pasado cuando me acostaba con Lily Carson, que apenas es mayor que María del Sol, tanto Paola como tú me avisabais del peli-

gro, pero yo estaba tan ciego que ni la más espantosa paliza me hubiera obligado a dejarla. Menos efecto tendría en Ziadie, acostumbrado desde siempre a que le pateen los caballos. Es un duro, y lo más probable es que acabara coceándome. —Hizo una pausa—. Pero yo sé que tiene puntos débiles. —Alzó la mano como pidiendo paciencia y tomó el teléfono marcando un número—. ¿Carolina? —inquirió—. Soy Elliot. Por favor, busca en tu archivo privado todo lo que tengas sobre hipódromos, apuestas, caballos y, en especial, sobre un *jockey* llamado Don Ziadie... Si no recuerdo mal, debe haber algo, muy especial, de hace dos o tres años relacionado con una yegua que, inexplicablemente, no ganó el Kentucky Derby. —Colgó y se volvió sonriente hacia su ex-esposa—. *Voilà!* —exclamó—. O poco conozco ese ambiente, y me he dejado fortunas en el hipódromo, o en cuanto le insinúe a ese enano que me gustaría entrevistarle con vistas a un gran reportaje en torno a las apuestas y las carreras amañadas, captará la indirecta y dejará en paz a María del Sol. ¿Contenta?

—¿Estás seguro de que la dejará?

—Escucha, pequeña —señaló en tono convincente—. Ziadie sabe que si yo publico lo que tenemos sobre él, la mafia del juego, que es tan dura como la otra, no le permitirá vivir más de veinticuatro horas. Y nadie arriesga la vida por un capricho de diecisiete años, aunque sea tan linda como nuestra hija y haya sacado tu culo.

—¿Y crees que lo que haces es ético?

—¡En absoluto! —admitió sonriendo—. Pero es tremendamente eficaz, no lo dudes. Tú siempre has asegurado que tan sólo soy ético y honrado cuando escribo. —Su sonrisa se hizo beatífica—. Pero no tengo por qué serlo de igual modo cuando únicamente amenazo con escribir. Y ahora hálame de ti. ¿Cómo te encuentras?

La respuesta sonó poco auténtica.

—Bien.

—¿Sales con alguien?

—No encuentro a nadie con quien valga la pena salir. — Hizo una pausa—. No puedo evitar comparaciones.

—Eso resulta siempre perjudicial, pequeña —le hizo notar—. Debes sobreponerte. Aunque a mí personalmente no me agradara, reconozco que Cameron era un gran tipo y tal vez hubieras podido rehacer tu vida con él, pero está muerto. Nadie va a resucitarlo y tú eres aún joven y atractiva. Hay más hombres. Yo entre ellos, sin ir más lejos. ¿Quieres que cenemos juntos esta noche? Conozco un nuevo restaurante japonés que tiene un pescado crudo increíble...

—Odio el pescado crudo —fue la tajante negativa—. Es a tu amiguita Blanca a quien le gusta el pescado crudo, no a mí. —Se puso en pie bruscamente y se encaminó a la puerta, malhumorada—. A veces tengo la impresión de que lo haces a propósito. ¡Vete al infierno!

Salió, cerrando de un portazo, y dejando a Elliot desconcertado y meditabundo.

—Hubiera jurado que era ella quien se moría por el pescado crudo —comentó para sí—. Debo estar perdiendo la memoria.

Decidió olvidar el incidente, tomó de nuevo sus gafas y releyó una vez el informe sobre la Naviera Kadar, reafirmando en la idea de que se encontraba en el buen camino. Había muchos puntos oscuros y muchas coincidencias en la mayoría de los siniestros marítimos de los últimos años. Sudáfrica sufría, a causa de su política de *apartheid*, un duro embargo petrolero, y como el petróleo era una de las pocas riquezas naturales que no poseía, se veía obligada a proporcionárselo por todos los medios a su alcance.

Por fortuna para Sudáfrica, frente a sus costas tenían que pasar, necesariamente, los grandes tanqueros, que, viniendo del golfo Pérsico, transportaban casi el setenta por ciento del crudo que consumía Occidente. Conseguir que una pequeña parte de ese crudo se quedara en el estratégico puerto de Durban no constituiría, sin duda, más que una simple cuestión de astucia y dinero.

Calculó por última vez la velocidad del *Amauri* y la distancia que habría recorrido desde que saliera de Durban. Debería encontrarse ya a la altura de la Ciudad del Cabo adentrándose en el Atlántico en un viaje de más de tres mil millas hasta las Islas de Cabo Verde y las costas de Senegal, viaje en el que emplearía al menos dos semanas.

Y dos semanas era el tiempo que él necesitaba para investigar cuanto se refiriera al misterioso tanquero, sacando la información completa en el momento mismo en que los teletipos transmitieran la noticia de que un nuevo «accidente» había enlutado los océanos, haciendo sonar una vez más la campana del edificio del Lloyd's de Londres que, por tradición, tañía lúgubrementemente cada vez que un navío se hundía en algún lugar del mundo.

Alzó una vez más el teléfono, marcó un número y cuando una secretaria respondió al otro lado, pidió:

—Soy Elliot, preciosa. Entérate de cuál es la forma más rápida y cómoda de llegar a Monrovia, en Liberia.

Le despertó la voz de la azafata. Dentro de unos minutos tomarían tierra, y se preguntó cómo se las arreglaría el piloto para encontrar la pista a través de aquella cortina de agua, auténtico diluvio que se precipitaba con rabia incontenible sobre un mar de árboles de los que ascendía un espeso vaho casi palpable.

Árboles. Cientos, miles, millones de árboles, pero pronto cayó en la cuenta que no se alzaban aquí y allá, desordenadamente, como los había visto tantas veces en las selvas que rodeaban otros aeropuertos africanos, sino que se trataba de árboles idénticos entre sí, simétricos, monótonamente iguales en color, forma y distribución, porque se disponían a aterrizar en el aeropuerto de la plantación cauchera más extensa del mundo, Robertsfield en la que sus compatriotas de la Firestone habían plantado casi diez millones de aquellos «gomeros» que un siglo atrás enriquecieron al Brasil hasta que un aventurero inglés robó un saco de sus semillas y acabó con el monopolio del caucho.

Pudo cansarse de ver «gomeros», uno junto a otro como disciplinados granaderos indiferentes a la lluvia y al calor agobiante, pues a lo largo de los casi ochenta kilómetros que separaban el aeropuerto de la capital, no podía encontrarse un solo espacio de más de siete metros sin que en él se levantase un delgado tronco resinoso.

Pasaban los negros «sangradores» con sus curvos cuchillos en una mano y la bolsa para el látex colgada al hombro, indiferentes al calor y la lluvia y por la carretera avanzaban en largas hileras mujeres con los pechos al aire trans-

portando en la cabeza grandes haces de leña o gigantescas cestas de frutos tropicales.

Olía a África.

Los años de viajar habían desarrollado en Elliot una capacidad especial para distinguir por el olfato y los sonidos los continentes e incluso los países y en algún rincón de su cerebro se archivaban esos olores y esos sonidos, tan familiares como una cara conocida o una voz amada.

Olía a África; al África caliente y húmeda de las grandes lluvias torrenciales, tierra empapada y árboles siempre rezumantes bajo los que se pudrían capas de hojas que formaban con el paso de los siglos un manto de suelo negro y blando.

En otros lugares del mundo la lluvia extraía de la tierra un aroma denso, agradable y embriagador de cosa fresca y nueva, pero allí, en aquellas regiones africanas, no era olor a tierra mojada, sino a gruesa alfombra empapada y nunca seca, pues incluso durante los meses en que el sol lucía con mayor fuerza, el techo de verdor mantenía el suelo en penumbras.

Justo donde acababa la plantación, alcanzaron las primeras chozas de barro y chapa ondulada de Monrovia, para adentrarse luego en el barrio residencial de viejos edificios carcomidos por la humedad y patios de grandes baldosas reventadas por las raíces de copudas ceibas, y ascendieron despacio hacia una breve colina desde cuya cumbre un ancho edificio desteñido dominaba el mar y la amplia desembocadura de un río de aguas oscuras.

—El Ducor-Palace, señor —indicó el taxista—. El mejor hotel de la ciudad.

Elliot Dunn lo observó con cierta desconfianza. Veinte años atrás pudo haber sido lujoso, pero parte de la pared aparecía desconchada y el camino de entrada presentaba un lamentable aspecto de desolación y abandono.

—¿Está seguro? —inquirió incrédulo.

—Le doy mi palabra, señor. En los otros no suele haber agua caliente.

Se preguntó para qué diablos querría nadie agua caliente cuando, desde el momento en que puso el pie en el edificio del terminal aéreo se sentía como en un baño turco, pero admitió que ésa era al menos una muestra de que el Ducor-Palace superaba en algo a los demás hoteles de la ciudad.

La habitación en un tiempo debió ser suntuosa, el agua, fría o caliente, manaba de un color marrón oscuro, y el timbre de la camarera no funcionaba, pero la vista, desde la amplia ventana, resultaba realmente hermosa, dominando el mar, el estuario del río, los rojos techos de la ciudad y el largo puente que la unía al puerto; aquel minúsculo puerto ruinoso y sin sombra de astillero alguno, pero en el que se encontraban matriculados cien veces más barcos que en cualquier otro lugar del mundo.

Diez minutos más tarde, cuando se convenció de que el agua no iba a aclararse por mucho que la dejara correr, se dio una ducha, se cambió de ropa y buscó un taxi que le condujera con la desesperante lentitud a la que todos los vehículos parecían circular siempre en Liberia, a la avenida Lincoln.

Villa Flora era un edificio de época pretérita; tal vez rosado en alguna etapa de su vida; de diminuto jardín delantero, contraventanas desclavadas, cristaleras rotas y techumbre por la que el agua debía penetrar con tanta o más libertad que por entre las hojas de los copudos árboles vecinos.

Junto a la puerta, protegido de la lluvia por una especie de plástico, un papel escrito a máquina rezaba: Naviera Kadar. Para asuntos urgentes ponerse en contacto con el señor Alexander Kadar, hotel Ducor-Palace.

Retrocedió de nuevo hasta la puerta del jardín y contempló a la luz del crepúsculo de una triste tarde en la que había cesado de llover sin que las nubes llegaran a abrirse,